

tienen que aparecer pendientes de pago, hubiéraseles o no asignado crédito en los dos presupuestos de 1874-75 y 1875-76, como sucede con los intereses de la deuda, deberán tomarse en cuenta al comparar en esta parte los datos de Mayo de 1874 y los actuales.

Aunque insignificantes en su importancia respecto de las otras deudas, es del caso mencionar aquí las del personal y material del Tesoro

que a su vez, por efecto de nuevos reconocimientos, liquidaciones y amortizaciones han experimentado la alteración correspondiente.

DÉBITOS DE LA HACIENDA.

Seguimos el orden de las dos grandes clasificaciones antes indicadas: *Deuda del Estado* y *Deuda del Tesoro*, a continuación se expone lo que resultaba el 29 de Febrero último:

Deuda del Estado en circulación definitivamente liquidada y convertida.

	Capitales.		Intereses.	Amortización.	TOTAL de la obligación anual.
	Pesetas.	Pesetas.	Pesetas.	Pesetas.	Pesetas.
Deuda reconocida a los Estados-Unidos al 5 por 100.	3.000.000	150.000	»	»	150.000
Consolidada exterior al 3 por 100, comprendida la necesaria para pago de los semestres vencidos hasta 30 de Junio de 1874.	4.107.760.700	123.232.821	»	»	123.232.821
Consolidada interior representada en títulos al portador e inscripciones. Idem en inscripciones a favor de las Corporaciones civiles.	3.550.093.979	106.502.820	»	»	106.502.820
Idem a favor del clero, no imputables a su dotación.	330.324.798	11.409.744	»	»	11.409.744
Idem cuyos intereses se le imputan, por lo que no han figurado en el presupuesto de la Deuda.	11.813.910	354.417	»	»	354.417
Idem por renta líquida vitalicia.	356.746.919	»	»	»	»
Idem por renta líquida vitalicia.	120.663	3.619	»	»	3.619
Amortizables con interés.	18.025.000	1.081.500	1.999.000	»	3.080.500
Idem de Obras públicas al mismo interés y amortización.	13.459.000	807.540	520.000	»	1.327.540
Obligaciones del Estado por ferrocarriles al 6 por 100 anual de interés.	551.825.500	33.109.530	5.875.000	»	38.984.530
Amortizables sin interés.	23.165.760	»	1.250.000	»	1.250.000
Deuda del personal.	171.862	62.500	62.500	»	125.000
Deuda del material.	»	»	»	»	»
	9.016.508.111	276.714.491	9.706.500	»	286.420.991

Ha de advertirse que las acciones de carreteras principalmente y las de Obras públicas creadas con amortización compuesta, al sobrevenir la suspensión decretada en 26 de Junio de 1874 tendían a su favor por la acumulación sucesiva del fondo de amortización cantidades proporcionadas a las anualidades transcurridas desde la emisión de estos valores, faltando a algunos tan sólo pocos años para la amortización total.

No se comprenden en el estado anterior, porque no constituyen realmente todavía deuda, los títulos de la consolidada interior emitidos en 1874 y 1875 para garantizar préstamos del Tesoro por una suma nominal de 2.901.449.500 pesetas, y de los cuales se han pignorado en los bancos de España y Francia pesetas 2.376.394.250, existiendo en las cajas públicas todavía pesetas 525.065.250.

Tampoco se han incluido títulos de antiguas deudas liquidadas y convertibles en consolidada al 3 por 100 según el ar. 6º de 1851, importantes pesetas 220.143.038, cuya cantidad deberá tener considerable baja, ya que gran parte de los documentos de que se trata se habrán perdido en el transcurso de los años, ya que otros muchos deberán incurrir en caducidad si se aplican las disposiciones dictadas o que se dicten en adelante con este objeto.

Más no pueden limitarse, por desgracia, a las cantidades y conceptos que van expresados, lo que a título de la *Deuda del Estado*, administrada, como se ha dicho, por la Junta directiva del ramo, ha de tenerse en cuenta para graduar la importancia de aquella tanto en su capital cuanto en sus intereses vencidos y futuros.

Hay que agregar:

1.º Las deudas a títulos pendientes de reconocimiento y liquidación, comprendidas en el ar. 6º de 1851, que habrán de abonarse según la legislación vigente en consolidada interior al 3 por 100, e incluidas en pesetas 133.000.000, pero que disminuirán considerablemente aplicadas que sea también las disposiciones de caducidad acordadas y las que se acuerden en nuevo.

2.º Los restos poco considerables pendientes también de liquidación de la deuda del personal, y los de la del material que han de acrecer la amortizable.

3.º Los créditos de mucha importancia en favor de las corporaciones civiles por el producto de las ventas ya realizadas de sus bienes no convertidos aún en deuda consolidada al cambio de cotización de la fecha en que se han recaudado y se recaudan los plazos de las compras, cuyos créditos en efectivo ascienden a 184.292.504 pesetas, según el siguiente pormenor:

4.º Las subvenciones directas, las correspondientes a la franquicia de aduanas y los auxilios reintegrables no devengados o liquidados todavía, concedidos a las empresas de ferrocarriles, abonados en obligaciones al curso de cotización de la fecha de la aprobación de las obras las dos primeras; y a razón de 50 por 100 la última, cuyos créditos son también bastante importantes, aun limitados a las líneas en construcción que tienen concedidas:

	PESETAS.
Por subvenciones directas.	32.834.264
Por franquicia de aduanas.	24.083.169
Por auxilios reintegrables.	33.237.135
	105.157.568

5.º Los intereses de la deuda consolidada y amortizable interior y exterior vencidos en fin de Diciembre de 1874 y Junio y Diciembre de 1875, que ascenderán, rebajados los gastos en operaciones del Tesoro, a 395.071.733 pesetas.

Faltando el conocimiento preciso de la suma real y efectiva de algunas de las deudas que acaban de mencionarse, así como los cambios a que se ha de regular la conversión de las que desde luego son convertibles en consolidada y obligaciones de ferrocarriles, y el que se adoptase en el caso de haberse de considerar también en consolidado los intereses atrasados, es difícil fijar con precisión lo que por estos conceptos hay que añadir a la suma definitivamente liquidada y convertida de deuda del Estado en circulación actualmente, mientras no se resuelven diferentes cuestiones.

(Se continuará.)

hagan el esfuerzo titánico que sería preciso hacer si hubieran de llenarse regular y ordenadamente todas las innumerables obligaciones bajo cuyo peso gime agobiada la hacienda pública española; pero por lo mismo que hay necesidad de mermar el derecho de nuestros acreedores, interesa a nuestro crédito hacer patente que dotamos el presupuesto de ingresos con cuantos recursos cabe racionalmente en lo humano.

Si hay alguno que parezca mal meditado en los proyectos leídos por el señor ministro de Hacienda, claro es que debe ser corregido, o desaparecer; pero como regla general hay que convenir en que ha de ser para que se le sustituya por otro. No incurramos en el error de la revolución y por negarnos a hacer un esfuerzo con oportunidad, hagamos imposible para siempre el arreglo de la hacienda pública.

El recargo que se proyecta imponer a las contribuciones directas, encontrará alguna compensación en la admisión en pago por décimas partes de los recibos del anticipo de 175 millones; pero lo que nos parece que ha de causar verdadera perturbación en todos los pueblos, alterando de una manera sensible los precios de los artículos de primera necesidad, es el aumento de una cuarta parte de los encabezamientos actuales de la contribución de consumos durante tres años. Quisiéramos indicar los medios de llenar el vacío que dejaría la supresión del art. 7.º del proyecto de presupuestos generales que a esto se refiere, y confesamos ingenuamente, que no se nos ocurre ninguno que nos parezca satisfactorio; pero antes que agobiar a los pueblos con este aumento, apeláramos al patriotismo de las clases activas militares, asimilándolas, en lo posible, a las civiles, y aplazaríamos el cumplimiento de algunas de las obligaciones menos preferentes que tenemos con nuestros acreedores. Insensato sería pretender el arreglo instantáneo de la Hacienda, y si lo primero es que haya país, no puede negarse que es necesario dejar respirar un poco a los pueblos, sin abrumarlos con cargas superiores a sus fuerzas.

El impuesto de derechos reales y transmisión de bienes requiere un reglamento muy distinto del tiránico y opresor de 14 de Enero de 1873, y no parecen bastantes las indicaciones que se hacen en el artículo 11 para que los contribuyentes tengan la seguridad de que al fin se ha de hacer justicia a sus quejas. Los préstamos no deben pagar impuesto más que por la cantidad efectiva que recibe el prestatario, y es un abuso intolerable que no sea esto lo que se juzgue materia imposible, sino que se cobre también de las tres anualidades de réditos de que responde la finca hipotecada, y aun de la cantidad señalada para garantizar las costas en la eventualidad de que surja un pleito. Tampoco es racional que se devengue el impuesto más que al tomar el préstamo; pero lo absurdo es que se cobre también por las fantásticas prórogas que figura la administración; harta desgracia tiene el propietario que hipoteca sus bienes para que se añada aflicción al aflicto, obligándole a pagar y cancelar precisamente en el día del vencimiento bajo la pena de reputarse prorrogado el préstamo y cobrarle un nuevo impuesto. No parece sino que en la redacción del reglamento ha puesto la mano un usurero que ha querido buscar en esto un nuevo medio de apremio contra su deudor.

Al hablar en este artículo de la exención del pago del impuesto de ciertos contratos de transmisión, se han olvidado la ley de ensanche de las poblaciones, los establecimientos de instrucción y beneficencia, y algunos contratos que sin esa gravamen pueden hacer hoy las compañías de ferrocarriles.

Va siendo ya demasiado largo este artículo; pero no concluiremos sin hacer dos observaciones sobre los proyectos referentes a los acreedores.

La deuda consolidada cobrará por ahora únicamente una tercera parte de sus cupones, y nada se destina para las restantes dos terceras partes, que ascenderán a unos 200 millones de pesetas anuales. ¿No quedará nuestro crédito en mejor lugar pagando con un papel amortizable, aunque a su amortización no se destinasen más que 15 millones de pesetas anuales? Preferible sería este sistema, que nos evitara conflictos como los de los célebres cupones ingleses; y para cubrir esta atención podría abandonarse para mejores tiempos la idea de destinar 25 millones de pesetas a la amortización de capitales de nuestra Deuda pública.

Penoso y desagradable es que el Estado continúe privado de la recaudación de la contribución territorial, industrial y de comercio; pero si la necesidad lo justifica, fuerza es resignarse a que así suceda. Podrá ser también necesario servirse de un establecimiento de crédito para pagar y recoger las obligaciones domiciliadas en el extranjero, pero la renta de aduanas es de tal naturaleza, que de su administración no puede ni debe desprenderse el Estado en ningún evento. El proyecto nada dice de administración, y si solamente de percepción de los derechos de aduanas, lo cual hace suponer que el Banco hipotecario tendría en cada aduana, como único dependiente suyo, un cajero que recibiría los fondos, pero que continuaría a cargo del gobierno la libre administración de esta renta. Bueno sería, sin embargo, que sobre materia tan

importante se diesen desde luego las explicaciones convenientes.

JUICIO DE LA PRENSA

SOBRE LOS PROYECTOS DEL SEÑOR SALAVERRÍA.

Ofrecemos a nuestros lectores la opinión de los periódicos y las noticias que circulan sobre los presupuestos del señor ministro de Hacienda, que preocupan en estos instantes la atención general.

La *Epoca*:

«No hay país más impresionable que el nuestro. Mientras con operaciones financieras inconcebibles se arruinaba al país, aunque de una manera indirecta, como el mal no se tocaba de cerca, ni vocaba el alijo, ni los intereses privados se sentían lastimados por lo pronto, todo ha sido lícito, o cuando menos la opinión ha permanecido indiferente hacia los que labraban su ruina.

El día que se ha puesto el dedo en la llaga, el día del ajuste de cuentas, el desencanto ha sido tan grande como nosotros habíamos previsto. La primera impresión de la lectura de los presupuestos, que en muchos sentidos. Todo el mundo los reconoce, mucho más desde que el señor ministro de Hacienda puso de manifiesto el verdadero estado del Erario y la manera como se ha venido administrando durante los últimos años, que nos da una situación financiera era deplorable. El enigma consistía en la manera de dominar una crisis tan aflicta. Todo el mundo reconocía a la vez que males tan profundos no se curan sino con remedios heroicos.

Sin embargo, algo se ha parecido esta tarde la impresión causada por el conocimiento de los medios propuestos por el Sr. Salaverría, a la que suele originar en la familia de un enfermo grave la indicación del facultativo de un remedio heroico con el que ha de devolvérsele la salud.

Proyectos de tal importancia, que se refieren a cuestiones tan diversas y complejas, exigen una atenta meditación y estudio, que no puede hacerse por su rápida lectura. Nosotros las tendremos oportunamente y con el detenimiento que se merecen, después de dar a conocer a nuestros lectores los presupuestos y Memoria financiera leídos esta tarde en el Congreso por el Sr. Salaverría.

El *Diario Español*:

«Es lo cierto que la primera impresión que ha producido en todas partes el conocimiento de los planes financieros del Sr. Salaverría ha sido generalmente desfavorable, como lo prueba entre otras cosas la rápida depresión de los fondos públicos en las transacciones mercantiles que ayer se hicieron en los mercados de Bolsa. Esta primera impresión, que no lo negamos, ha sido generalmente desfavorable y hostil, debemos esperar que se modifique.»

La *Patria*:

«La impresión causada en la Cámara con los planes que para el arreglo de la cuestión de Hacienda leyó el Sr. Salaverría, no podemos menos de decir que no fué la más satisfactoria, y por nuestra parte exponeremos que consideramos ha de ser muy mal recibido por la opinión pública el aumento de los tributos, ya bastante recargados por gobiernos anteriores, y el que no se busque el aumento de recursos con reformas en la administración que disminuyan, ya que no las extingan, los fraudes y filtraciones que sufren los ingresos, adoptando para ello todos los medios de que pueden disponer los que se hallan al frente de la gestión económica y financiera del país.»

El *Parlamento*:

«La sesión de ayer tarde comenzó por la lectura del proyecto de presupuestos, que duró próximamente dos horas y media. La impresión que produjo en todos los lados de la Cámara, no es ciertamente la que más justifican el talento financiero del Sr. Salaverría.

Nosotros, que nos hacemos eco de todos los rumores, cuando los juzgamos escudados en una imparcialidad recta y severa; nosotros, que tenemos deberes que cumplir por encima de todas las consideraciones y conveniencias que cedan de algún modo en menoscabo de nuestra sinceridad de propósitos, nos vemos obligados a consignar que no a tras primeras impresiones no son ni menos desfavorables al proyecto que las que señalaba ayer la fisonomía del Congreso en su totalidad.

El *Imparcial*:

«La impresión producida por los presupuestos y leyes de Hacienda presentadas ayer por el ministro de Hacienda al Congreso, ha sido, hasta el punto de haber quedado en el bolsín de anoche el consolidado fin de mes a 15,20.

La *Correspondencia*:

«Por malo que sea el efecto que la lectura de los presupuestos produzca, la verdad es que universalmente se reconoce que el Sr. Salaverría ha mostrado todo el valor de la franqueza para presentar al país en toda su desnudez la triste realidad de la situación de la Hacienda. El ministro de Hacienda comprende muy bien que esa verdad sea amarga; pero no es la culpa suya.

—Ya se hablaba esta tarde de reuniones de diputados para ocuparse de los presupuestos en la parte que más afecta a determinados intereses.

—Mañana a las cuatro se reunirá para constituirse la comisión de presupuestos.»

El *Tiempo*:

«La impresión ha sido igual que la producida en unacasa mal administrada en el momento de ajustar cuentas de lo empeñado y vendido para sostener locos devaneos, aparente prosperidad y cubrir las necesidades efectivas, consecuencia siempre de la trampa adelante y desbarajuste.»

La *Mañana*:

«En la imposibilidad de dar íntegros los presupuestos, insertamos un ligero extracto de ellos, prometiendo ocuparnos con la detención que se merece un asunto de tanta trascendencia para los intereses del país. Desde luego podemos anticipar que la impresión producida por la lectura de ellos, lo mismo en la mayoría que en la minoría de la Cámara, las tribunas y en los pasillos, en la Bolsa y en la prensa, no ha podido ser más desfavorable, y anoche ya se susurraba que la lectura hecha en el Congreso por el Sr. Salaverría era verdaderamente el canto del cisne.»

Además encontramos las siguientes noticias:

«Varios diputados de la mayoría se acercaron ayer al Sr. Cánovas del Castillo pidiéndole que el gobierno, aclarando un concepto del preámbulo de los presupuestos, declare que el gabinete deja libre la discusión de estos últimos, sin restricciones de ninguna especie.

«Se anuncian varias reuniones de diversos grupos de la mayoría del Congreso para estudiar y discutir previamente los presupuestos leídos ayer tarde por el señor ministro de Hacienda.

«Varios diputados que a la vez son contribuyentes en proporción importante, piensan convocar a una reunión numerosa de individuos de la mayoría a que pertenecen, para ocuparse de los presupuestos.

«Los hombres de negocios, esperaban anoche con impaciencia telegramas de Barcelona y París para juzgar del efecto que en ambas plazas haya producido el conocimiento de los presupuestos del Sr. Salaverría.

«No es exacto el rumor que anoche circuló sobre la salida del gabinete del Sr. Salaverría. El actual ministro de Hacienda se dispone a discutir su pensamiento y solo se retirará en el caso de ser desechado.

«Ayer tarde a última hora, cuando después de la lectura del presupuesto se discutía éste vivamente en los pasillos y salón de conferencias del Congreso, llamaba la atención el que los mi-

nistros compañeros del Sr. Salaverría no procurasen desvanecer las impresiones de que se hacían eco varios diputados de la mayoría.

—Ayer tarde, momentos antes de leerse los presupuestos en el Congreso, se envió un resumen de ellos por telégrafo a los gobernadores de Barcelona y Cádiz y a los representantes de España en Londres, París y Bruselas.»

Accediendo gustosos a las instancias de *La Epoca*, reproducimos íntegro lo que nos pide de *El Times* para establecer polémica acerca del asunto. Por lo demás, no es a nosotros a quien debe dirigirse diciéndonos que si queremos «discutir con lealtad», por que debiera recordar que le hicimos una vez esta invitación, obligándonos a reproducir mutuamente nuestras contestaciones, y *La Epoca* se excusó alegando que no tenía espacio ni tiempo para ello.

«Ocupase de la propaganda hecha por el clero en nuestro país contra la tolerancia religiosa, de la resolución que se atribuye al Papa de retirar de Madrid al pronuncio, si no cede el gobierno en esta grave cuestión, y del Breve en que Su Santidad condena la libertad de cultos, y después de copiar el art. 11 del proyecto de Constitución presentado a los Cortes, manifiesta que, en su concepto, la resolución formulada en esta base se presta a contrarias interpretaciones según el criterio de los gobernantes que hayan de velar por su cumplimiento, toda vez que su observancia depende de los sentimientos religiosos del partido político que se halle en el poder, puesto que un ministro liberal podría creer que no había dificultad ni inconveniente en que los protestantes predicasen cuanto quisiesen dentro de sus casas, mientras otro ministro, perteneciente a una fracción menos avanzada, podría mantener su creencia de que semejantes predicaciones ultrajan la religión del Estado.

Los días de excomulgación, dice, han pasado, y no es de creer que el Papa quisiera excomulgar a un príncipe católico, tan ferviente como lo es el joven rey D. Alfonso XII. Añade que qui se ha dado expansión al fanatismo religioso, hasta el extremo de que puede llegar a ser más peligroso que el mismo.

No duda el *Times* que el espíritu, si no la letra del art. 11, no está conforme con el Concordato de 1851, y dice que no debe extrañarse, sino mirarse indulgentemente la vehemencia del sentimiento manifestado por el Sumo Pontífice en este asunto, teniendo en cuenta que, para Su Santidad, la religión católica, apostólica romana es la única verdadera.

Natural es, en concepto del periódico a quien nos referimos, que en vista del estado del catolicismo en Francia, país en que no solamente se tolera la herejía, sino que se paga a los que la enseñan, y con el cual se ha celebrado un Concordato, con el objeto de procurar que se salve algo del naufragio, y teniendo en consideración que España es un pueblo esencialmente católico, temeroso, con razón, el Santo Padre de que la libertad de enseñanza debilite la influencia del clero y llegue a dar la supremacía a todos los actos de la vida a los intereses terrenales, emplea toda su autoridad espiritual en la tarea de conseguir que prevalezca en España la unidad religiosa; pero la conducta del gobierno español, entiende el diario inglés, que debe juzgarse bajo distinto punto de vista.

En su concepto, importa poco averiguar si continúa o no en vigor el Concordato de 1851, puesto que no fué pactado por el gobierno actual y han ocurrido desde aquella fecha varias revoluciones. La caída de la reina Isabel, la dictadura de Prim y el gobierno de la república han sido sucesos de tanta trascendencia, que han modificado las obligaciones del país para con el Vaticano.

Aparte de todas las sutilezas legales cree el colega que tiene el gobierno español para modificar el Concordato la poderosa razón de que no se ajusta al espíritu del siglo. Cuando se celebró, España se hallaba moral y materialmente alejada del resto de Europa. En los últimos años todos los gobiernos que se han sucedido en el poder han manifestado el deseo de estrechar los vínculos de unión con las naciones más cultas.

El Times termina su artículo con las siguientes palabras: «Debe el gobierno proceder con gran tino y prudencia en este asunto, porque si peligroso es el fanatismo, lo es también el menosprecio de la Iglesia. Pero los hombres como el Sr. Cánovas del Castillo no pueden menos de comprender que contribuirán a destruir el más grave mal que aflige a España el día en que consigamos debilitar la fuerza que el ultramontanismo tiene en este suelo.»

Decía el Sr. Leon y Castillo hablando del partido moderado:

«Pero ¿quién había de creer que ese partido y con él el Sr. Mariscal, había de transigir con un principio como la libertad religiosa? ¡Sólo esto vale una revolución! ¿Quién había de creer que el señor marqués de Barzanallana y el señor marqués de Caba en nombre de ese partido aceptarían el art. 11 de este proyecto? ¿Quién había de creer que el señor conde de Toreno había de firmar un decreto de convocatoria para unas Cortes elegidas por sufragio universal? Bien es verdad que esta cuestión del sufragio universal ocasionó la crisis de 12 de Setiembre; pero después los Sres. Castro, Cárdenas y Orovi debieron cambiar de opinión, cuando no lanzaron excomulgación mayor sobre el señor conde de Toreno.»

El diputado constitucional tenía razón para maravillarse de ciertas conversiones. La bandera desplegada por el partido moderado, los principios que constituían lo mejor de su credo, no son ciertamente los de libertad de cultos y sufragio universal, que forman parte integrante de la funesta política del Sr. Cánovas del Castillo. Y no esto solo. Había de por medio grandes intereses y muchos recuerdos para que las respetables personas aludidas por el señor Leon y Castillo no sacrificaran sus antecedentes en aras de una conciliación tan absurda como poco beneficiosa para el país. El partido que cayó abrazado a la dinastía, que siguió su misma suerte y conservó en la desgracia intactas ideas, sirviendo de bafa y escarnio a los revolucionarios de Setiembre, debió si olvidar como caballero en el día del triunfo las ofensas inferidas en una época infame, pero nunca abandonar sus buenos principios, y menos que nunca, al día siguiente de la victoria.

Nuestro estimado colega *El Duende* ha sido condenado a diez días de suspensión. Sentimos el percance de nuestro festivo colega.

Ayer ya salió para Sevilla el tren régio que ha de conducir al príncipe de Gales a esta corte, y en palacio, como anteriormente hemos dicho, se están arreglando las habitaciones que han de ocupar, así el príncipe de Gales como su alta servidumbre. Estas son las situadas en la parte principal de la fachada de la real casa, frente a la plaza de Oriente. De todo está encargado el mayor-domo mayor de S. M., duque de Sexto, que despierta en toda la actividad y celo que le distinguen.

Con S. A. R. el príncipe Alberto Eduardo vienen además, el príncipe Luis de Battemberg, lord Suffel; el gentil-hombre de cámara, general Dighton; los caballeros Probyn, coronel Lili; el médico de cámara,

EL ESPAÑOL.

Madrid 24 de Abril de 1876.

LOS PRESUPUESTOS.

La acertada resolución de la cuestión de Hacienda ha de influir poderosamente en el desarrollo de la riqueza pública y en el bienestar de la nación, y no podrá menos de contribuir, por consiguiente, a afianzar la paz pública, y con ella el trono y la dinastía de D. Alfonso XII. Así como en el orden de las ideas nada hay tan trascendental como la solución que se dé a la cuestión religiosa, del mismo modo no se concibe que haya nada que en España pueda ejercer en este momento tan directo é inmediato influjo sobre la riqueza pública, como una buena ley de presupuestos. El patriotismo debe imponer silencio en estos solemnes momentos a la voz de las banderías políticas, y reconociendo lealmente, por nuestra parte, las inmensas dificultades con que lucha el ministro de Hacienda, procuraremos cuidadosamente no aumentaras, extraviando la opinión pública con apasionados juicios sobre los proyectos de ley que leyó el sábado último en la sesión del Congreso de los diputados.

El desbarajuste financiero de la escuela economista revolucionaria no podía menos de producir frutos amargos, y al liquidar y pagar los desaciertos y los escándalos de la revolución de 1868, es muy conveniente que se recuerde al país uno y otro día quiénes son la causa, y por consiguiente los únicos responsables, de los dolorosos sacrificios que necesita hacer para salvar su honra, a la vez que evita su definitiva ruina. Una mala hacienda y una mala po-

lítica, hé aquí la síntesis de lo que fueron siempre los gobiernos de la revolución. La inconsiderada supresión de impuestos, no reemplazados por otros que llenaran los vacíos que aquellos dejaban en el Tesoro público, la desordenada administración de las rentas que se salvaron del naufragio, la serie indefinida de emisiones con que los Nekers revolucionarios llenaron los mercados de Europa llevando nuestro descrédito a todas partes, los escandalosos contratos que huyendo de la publicidad realizaron con intereses fabulosos, toda su administración, en fin, ya se la mire en su conjunto, ó ya se la considere en sus detalles, es una de las mayores calamidades que la nación española registrará en los anales de su historia. Y para colmo de males, su detestable política nos trajo una guerra civil asoladora, que ha devastado provincias enteras, que en todas deja crueles recuerdos, y que ha obligado a consumir cuantiosos recursos; y todo por querer imponer con violencia novedades perniciosas, rompiendo a la vez con nuestras ideas religiosas y monárquicas.

Profanó la revolución los altares del Dios de los católicos y destruyó a sus reyes legítimos, y no ha habido plaga que no haya atormentado desde entonces a España en justo y merecido castigo. Apuremos la copa hasta sus heces, sufriendo con resignación las consecuencias de nuestro extravío; pero al liquidar y pagar las cuentas de nuestros anteriores desórdenes, empecemos recordando que a la monarquía de D. Alfonso XII le ha cabido la penosa misión de curar heriditas llagas que ella no ha causado.

No es posible que la agricultura abatida, la industria y el comercio arruinados, y los contribuyentes, todos esquilados,

